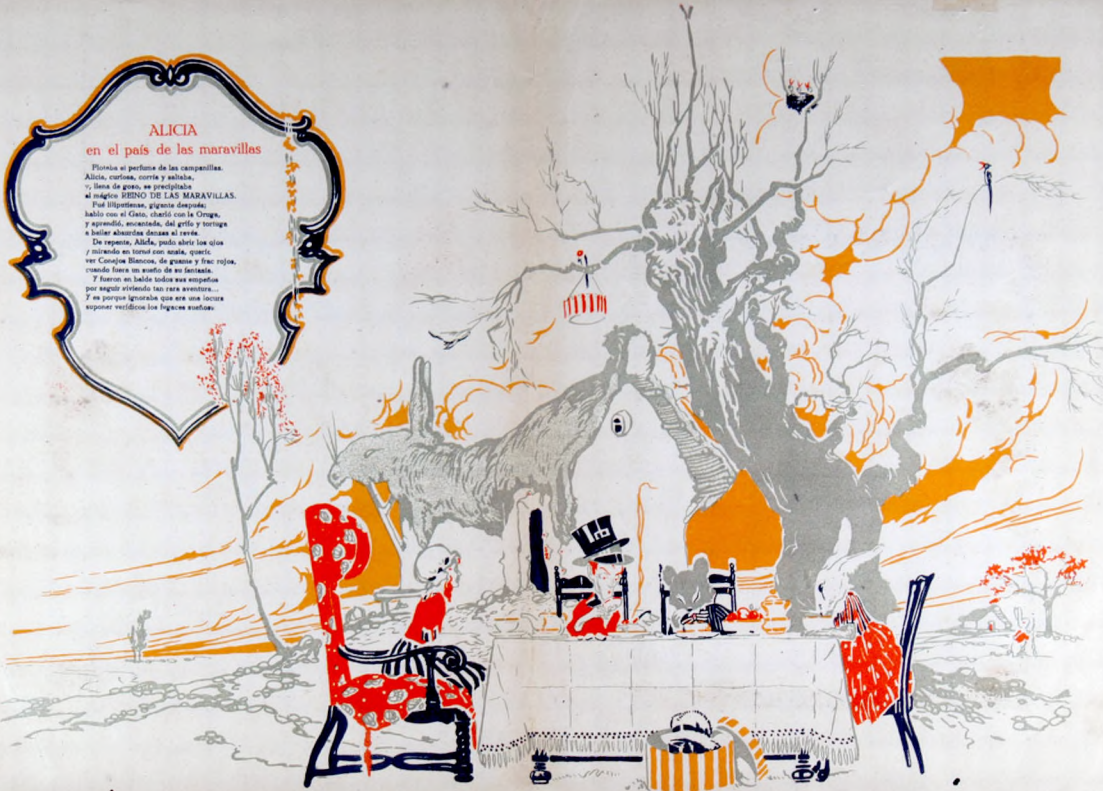
Alicia en el País de las Maravillas

por Lewis Carroll

ALICIA
en el país de las maravillas

Flotaba el perfume de las campanillas.
Alicia, curiosa, corría y saltaba,
y, llena de gozo, se precipitaba
al mágico REINO DE LAS MARAVILLAS.
Fué lilipotiense, gigante después;
habló con el Gato, charló con la Oruga,
y aprendió, encantada, del grillo y tortuga
a bailar absurdas danzas al revés.
De repente, Alicia, pudo abrir los ojos
y mirando en torno con ansia, quería
ver Conejos Blancos, de guante y frac rojos,
cuando fuera un sueño de su fantasía.
Y fueron en balde todos sus empeños
por seguir viviendo tan rara aventura...
Y es porque ignoraba que era una locura
suponer verídicos los fugaces sueños.



Alicia en el País de las Maravillas

Alicia, sentada en un banco del jardín, junto a su hermana, que leía un libro, iba cansándose ya de no hacer nada, cuando, de pronto, pasó por delante de ella un conejo blanco, de ojitos rojos. Aunque el conejo iba andando en dos patitas y hablando solo, diciendo: «¡Dios mío, voy a llegar tarde!», nada de esto hubiera llamado la atención de Alicia. Pero el conejo sacó del bolsillo del chaleco un reloj, miró la hora y apresuró el paso, y la niña, que por primera vez en su vida veía un conejo que llevase reloj y chaleco, echó a correr tras él, alcanzándole cuando iba a entrar en una madriguera. Y, sin pensar en si después podría salir o no, se metió ella también en el negro agujero por donde el conejo había desaparecido.

La madriguera se prolongaba en línea recta, formando un túnel que terminaba bruscamente en un pozo, al cual cayó Alicia sin poder remediarlo.

Bien porque el pozo fuese muy hondo o porque la niña cayera muy lentamente, el caso fué que, mientras bajaba por los aires Alicia tuvo tiempo de mirarlo todo y pensar en qué pararía su descenso inesperado. Hasta que, de pronto, ¡paf!, cayó sobre un montón de ramajes y hojas secas.

No se había hecho ni un rasguño, así es que se levantó inmediatamente y miró hacia arriba, pero estaba tan oscuro como antes las profundidades del pozo. Dirigió entonces la mirada a su alrededor y pudo ver que a no mucha distancia de ella se abría un largo pasillo por donde corría el Conejo Blanco. No había tiempo que perder, y Alicia corrió en su persecución. En un recodo del camino pudo atraparlo casi y oirle decir:

—¡Por mis orejas y por mis bigotes! ¡Voy a llegar tarde!

Pero cuando la niña trató de atraparlo, desapareció, y Alicia, asombrada, se encontró en medio de un salón extenso y bajo de techo, del cual pendía una larga fila de arañas de cristal que lo iluminaba. El salón tenía varias puertas, pero todas estaban cerradas con llave. Alicia, que empezaba a entristecerse pensando en cómo haría para salir de allí, se fijó de pronto en una mesita de cristal sobre cuyo tablero había una llavecita de oro. Alicia, suponiendo que aquella llave pertenecería a alguna puerta del salón, probó a abrir con ella todas las cerraduras. Pero se encontró con la desagradable sorpresa de que la llavecita no abría ninguna de aquellas puertas. Sin embargo, queriendo probar si no se habría olvidado de probar con alguna de las puertas, comenzó de nuevo a introducir la llavecita de oro en cada cerradura. Al hacer esta nueva requisa se fijó en unas cortinitas que no había visto antes, y que ocultaban una puerta de unos 40 centímetros de alto. Alicia probó la llave en la cerradura y comprobó, con gran alegría, que la puertecilla se abría de par en par, dando acceso a un pasillito no mucho mayor que una madriguera de ratones. De buena gana hubiera pasado a él, pero no le cabía ni la cabeza por el hueco de la puertecilla.

Como hubiera sido una tontería esperar sentada ante la puerta, Alicia volvió al lado de la mesa de cristal, y se encontró con un frasquito que antes no estaba allí, y a cuyo cuello había atada con un hilo una cartulina con esta palabra: «Bébeme».

Esto de «bébeme» estaba muy bien; pero Alicia era demasiado lista para hacerlo de buenas a primeras, y se dijo:—Ante todo veamos si tiene algún otro letrero que diga: «Veneno».

Pero el frasquito no tenía tal letrero y la niña se atrevió a probarlo; y como lo encontró bastante agradable apuró hasta las últimas gotas de él. E inmediatamente exclamó: —¡Qué cosa tan rara siento! Debo de estar achicándome como un telescopio.

Así era, en efecto; no medía más de 20 centímetros de estatura y se puso muy contenta, pensando en que ya cabía por la puerta del jardín... Pero ¡ay!, cuando la pobre Alicia se acercó a la puerta cayó en la cuenta de que la había cerrado antes ella misma, dejando la llavecita de oro sobre la mesa, a través de una de cuyas patas la veía perfectamente, pero sin poder alcanzarla. Para ello intentó gatear por una pata de la mesa; pero estaba tan escurridiza que la niña se cansó de sus tentativas, y, sentándose en el suelo, rompió a llorar.

Al poco rato tropezó su mirada con una cajita de vidrio que había bajo la mesa.

La cogió, y al abrirla pudo ver que contenía un pastel, sobre

cuya corteza habían formado, con pasas de Corinto, la palabra «Cómeme».

—Bueno, me lo comeré —dijo Alicia—. Si me hace crecer podré apoderarme de la llave, y si me achica más pasaré por debajo de la puerta.

Comió un bocadito del pastel y se preguntó con ansiedad: ¿Voy hacia arriba? ¿Voy hacia abajo? Pero como no notase un efecto ni otro, siguió comiendo del pastel, hasta que no dejó ni una migaja. Inmediatamente comenzó a sentir su eficacia, y exclamó: —¡Ahora sí que me estoy alargando!

Pero en aquel momento dió con la cabeza en el techo y dejó de asombrarse para inclinar el cuerpo, porque media más de tres metros de alto. Agachándose mucho consiguió apoderarse de la llavecita de oro, y con ella en la mano, y andando de rodillas, se dirigió a la puerta del jardín.

Convencida de la imposibilidad de pasar por allí, la niña se sentó en el suelo otra vez llorando. Al poco rato oyó a lo lejos pasitos que iban aproximándose, y se secó rápidamente los ojos para ver quién venía. Era el Conejo Blanco, espléndidamente ataviado, con un par de guantes de cabritilla en una mano y un gran abanico en la otra.

Alicia, que en su desesperación estaba decidida a pedir auxilio al primero que se presentase, apenas el Conejo Blanco estuvo cerca de ella le dijo con voz tímida:

—Caballero, si tuviera usted la bondad...

Pero el Conejo Blanco, al oirla, se estremeció violentamente, y dejando caer los guantes y el abanico, apretó a correr pasillo adelante como alma que lleva el diablo. Alicia cogió el abanico y los guantes, y como hacía bastante calor en el salón se puso a abanicarse, diciendo:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué extraño es todo lo que sucede hoy! Todavía ayer ocurrían las cosas como de costumbre... ¡Si me habrán cambiado esta noche!

Mientras hablaba, se miró las manos distraídamente, quedando sorprendida al ver que se había puesto un guante de los dos abandonados por el Conejo, y le cabía en él la mano perfectamente.

—¿Cómo habré hecho esto?—pensó—. Debo de estar achicándome otra vez...

Para ver qué había de cierto en ello se puso en pie, acercándose a la mesa de cristal. Como había pensado, se estaba achicando rápidamente. Con la sorpresa que tal descubrimiento le causó, dejó caer el abanico, descubriendo —al comprobar que cesaba el decrecimiento— que él era el causante de la transformación.

—¡De buena me he librado! —dijo Alicia, asustada por el repentino cambio, pero contenta de verse viva todavía—. Ahora voy al jardín— Y corrió a la puertecita.

Pero ¡ay! se había cerrado y la llavecita de oro estaba encima de la mesa, como antes.

—Esto va de mal en peor —pensó la niña—. Cada vez soy más chiquitina. ¡Y esto no es bueno!

Al decir estas palabras resbaló y ¡paf!, se encontró sumergida en un verdadero lago de agua salada. En el primer momento creyó haber caído al mar; pero pronto se dió cuenta de que se hallaba en medio del charco formado por las lágrimas que había llorado cuando tenía tres metros de alto. Tratando de llegar a la orilla, braceó desesperadamente. Pero en aquel mismo instante oyó un ruido como de algo que cayese a la laguna, y apartándose de la orilla nadó en dirección del ruido, para ver qué lo producía. Al principio pensó que se habría caído al agua un hipopótamo o alguna morsa; pero recordando la pequeñez actual de su cuerpo, no tardó en descubrir que quien había caído al agua era un ratón.

—Convendría decirle algo a este ratón— pensó Alicia, y comenzó: —Señor Ratón, ¿sería usted tan amable que me dijese cómo podré salir de este lago?, porque ya estoy rendida de tanto nadar...

El ratón la miró con cierto aire inquisitivo y guiñó los ojuelos pero no contestó nada.

—Tal vez no me haya entendido—, se dijo Alicia.— Le hablaré en otro idioma. Y, recordando el primer tema de su Gramática francesa, le espetó: «¿Où est ma chatte?».

Pero se arrepintió en seguida de ello, porque el Ratón dió un brinco y empezó a temblar de miedo. Alicia, que lo notó, quiso enmendar su inconveniencia, diciéndole:

—¡Ay, usted perdone! ¡Se me había olvidado que a ustedes no les gustan los gatos!

—¡Claro que no nos gustan los gatos! ¿Te gustarían a tí si fueras como yo?

—Tiene usted razón—, dijo la niña conciliadoramente.— Sin embargo, puede que no pensase usted lo mismo si conociese a

Dina, mi gata. ¡Si usted viera qué mona está cuando se sienta a lavarse la cara delante de la chimenea! Dá gusto acariciarla. Y, además, que es una gran cazadora de ratones... ¡Ay, usted dispense!, —volvió a exclamar—No le hablaré a usted más de gatos, ya que le son tan antipáticos... ¿Y los perros, le gustan a usted? Cerca de mi casa vive un perrito precioso. Dicen que su amo no quiere venderlo por todo el dinero del mundo, porque le limpia de ratas y ratones la casa... ¡Ay, no se vaya usted, que ya no le hablaré más de perros ni de gatos!

El Ratón, que ya se alejaba nadando a toda prisa, al oír las últimas palabras de la niña dió media vuelta y regresó junto a ella. Estaba temblando desde el hocicuillo hasta la punta de la cola; cuando se hubo serenado un poco más dijo a Alicia, con voz trémula y baja: —Vamos a la orilla. Allí te contaré mi historia y verás si he tenido o no razón para aborrecer a los gatos y a los perros.

Mientras los dos hablaban se había ido congregando en torno suyo una verdadera muchedumbre de animales. Había entre ellos un loro, un pato, un dodo (1), un aguiluchо y otros bichos no menos curiosos, a cuyo frente se puso Alicia, nadando hacia la orilla, donde bien pronto se formó una estrambótica reunión.

Tan extrañas como los animales que la formaban eran sus opiniones. Primero fué el Ratón, que gozaba de gran autoridad entre los que le oían, quien trató de secarlos hablándoles secamente; pero Alicia dijo que ella seguía hecha una sopa, a pesar de la sequedad con que el Ratón se había expresado, y el Dodo propuso una carrera de nuevo género. En ella, cada cual echaría a correr y se pararía cuando se le antojase así. Después declaró a todos vencedores y encargó a Alicia del reparto de premios. Por fortuna, la niña conservaba en el bolsillo unos cuantos caramelos, que repartió entre los corredores, quedándose ella sin ninguno. Sus nuevos amigos no querían que se quedase sin su correspondiente premio. y como casualmente conservara el dedal puesto, el Dodo se lo pidió, y con gran ceremonia se lo devolvió instantáneamente, diciéndole: —Te rogamos que aceptes este elegante dedal.

Los demás la vitorearon. A Alicia le pareció que todos estaban locos de atar, pero disimuló esta impresión para oír al Ratón, que empezaba a contar su historia, explicando por qué aborrecía a los G. y a los P. (No decía más que las iniciales, porque le daba miedo sólo de pronunciar el nombre de los gatos y el de los perros.) Alicia, cuando el Ratón dió fin a su historia, sin acordarse de lo ocurrido antes, se puso a contar a sus oyentes que tenía una gata que se llamaba Dina. Pero los amigos comenzaron a mostrarse inquietos y fueron retirándose discretamente, hasta dejar sola a Alicia, que ya iba a echarse a llorar cuando oyó unos pasitos que se iban aproximando rápidamente al sitio en que ella estaba. Creyó que tal vez fuese el Ratón, que volvería para acabar de contar su historia; pero quien se presentó fué el Conejo Blanco, hablando solo, como de costumbre, murmurando: —¿Qué va a decirme la Duquesa? ¡Por mis bigotes y mi pellica! Pero, ¿dónde los habré dejado?

(1) Los dodos eran aves del tamaño del cisne. Habitaban la isla de Francia, cerca de las costas de Africa. Perseguida por los cazadores, su raza se extinguió en el siglo XVII. Hoy día se pagan sus restos a precios fabulosos, por los Museos.

Alicia comprendió al momento que el Conejo Blanco buscaba el abanico y los guantes de cabritilla; y como era una niña tan bien educada como servicial, se puso ella también a buscarlos, pero no se veían por ninguna parte. Además, todo había cambiado en el salón. Las paredes y el techo de éste se habían desvanecido, y con ello no sólo la puertecita que daba al jardín, sino también la mesita de cristal. El salón se había convertido ahora en un gran descampado, en medio del cual Alicia y el Conejo Blanco pesquisaban, inútilmente.

El Conejo no tardó en ver a la niña, y le gritó autoritariamente: —¿Qué haces aquí, Mariana? ¡Corre a casa y tráeme unos guantes y un abanico! ¡A escape!

Alicia se asustó de tal modo que echó a correr, siguiendo la dirección que el Conejo indicaba, y sin detenerse a explicarle el error en que había incurrido, tomándola, sin duda, por la criada. Corriendo, corriendo, llegó a una casita muy mona, en cuya puerta había una plancha dorada, con el nombre: «Conejo Blanco» escrito en letras de esmalte negro. Alicia entró sin llamar y corrió escalera arriba, temiendo encontrarse de un momento a otro a la verdadera Mariana y verse arrojada a la calle poco menos que a escobazos, antes de que hubiese podido hallar los guantes y el abanico.

Pero, afortunadamente, no se encontró con nadie en su camino y pudo llegar a un cuartito muy bien arreglado. Junto a la ventana, por donde entraba la luz al cuartito, había una mesa, y sobre ella un abanico y dos o tres pares de guantes blancos chiquititos. Alicia cogió el abanico y un par de guantes, y ya iba a salir de la habitación cuando se fijó en un frasquito que había so-

bre el tocador, ante el espejo. El frasquito no tenía ningún marbete que dijera «bébeme». Alicia, sin embargo, lo destapó y se lo llevó a los labios, pensando que ya que siempre que comía o bebía le sobrevenía algo interesante, tal vez ahora le ocurriese también algo que produjese un cambio en la marcha de sus aventuras. Quizá bebiendo el contenido del frasco creciese... ¡Y vaya si creció! Pero mucho más y antes de lo que esperaba Alicia, que hubo de inclinarse para no romperse la cabeza contra el techo. Un minuto después no cabía ya en la habitación, y, como supremo recurso, sacó un brazo por la ventana y un pie por la chimenea.

Pero, por fortuna para Alicia, el líquido del frasco dejó de hacer efecto, si bien no por eso se encontró ella menos incómoda. En esto oyó la voz del Conejo Blanco, que gritaba desde fuera: —¡Mariana, tráeme los guantes, pero aprisa!

Como Alicia no contestase, el Conejo entró en la casa. La niña oyó cómo se iban acercando sus pasitos por la escalera hasta detenerse a la puerta del cuarto, que intentó abrir el Conejo de un empujón. Pero como Alicia la atrancaba con el codo, el Conejo hubo de desistir de su proyecto y abandonó la puerta, diciendo: —Entraré por la ventana.

Alicia se apercibió para la defensa, creyendo que el Conejo escalaría de un momento a otro las paredes para entrar por la ventana. Pero, por el contrario, en torno a la casa se hizo un profundo silencio, que sólo rompió, al cabo de un rato, la voz del Conejo Blanco, que decía: —*Yo* creo que para empezar habrá bastante con una carretilla.

E inmediatamente cayó dentro de la habitación una lluvia de chinas gordas, algunas de las cuales le dieron en la cara, produciéndole una sensación no muy agradable que digamos. Tanto que, cansada de aquella pedrea, gritó con todas sus fuerzas: —¡Más vale que os estéis quietos porque si no...!—, consiguiendo que se restableciese el silencio.

Al coger una de las piedrecillas pudo ver, con la sorpresa consiguiente, que las tales piedrecillas se estaban convirtiendo en pastelillos, que Alicia, golosa como pocas, se apresuró a comer. ¡Cuál no sería su sorpresa al darse cuenta de que empezaba a achicarse rápidamente! Cuando su estatura fué lo bastante pequeña para permitirle salir por la puerta de la habitación, Alicia se apresuró a abandonar la casa. Una porción de animales pequeños aguardaban, al parecer, la salida de la niña, pues tan pronto como la vieron salir de la casa del Conejo Blanco emprendieron su persecución. Pero Alicia corrió más que ellos, y, dejándolos atrás, no tardó en hallarse a salvo en un espeso bosque.

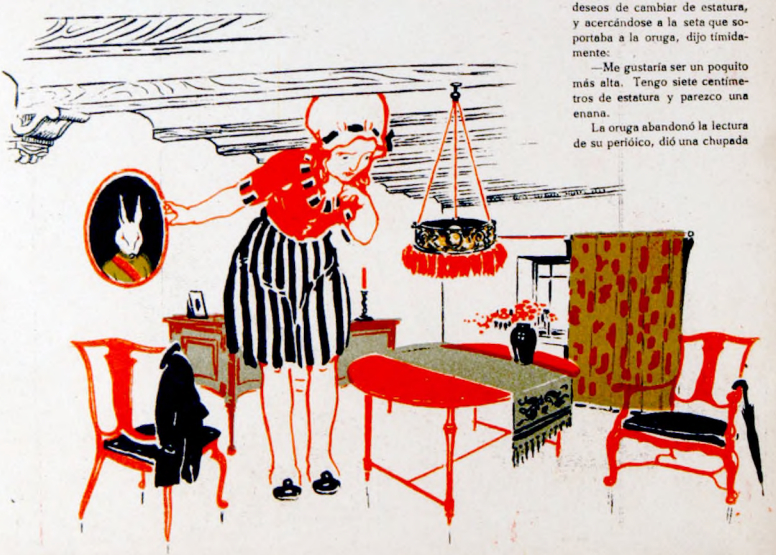
* * *

Cuando se vió libre de enemigos no sintió más deseo que el de recobrar su primitiva estatura. Pero, ¿cómo?... Era tan pequeña, que a su lado parecían árboles las amapolas... Aleccionada como estaba por la experiencia, buscaba algo que comer o que beber, por si así conseguía alcanzar de nuevo su tamaño natural, cuando, de pronto, se fijó en una gran oruga azul que leía un periódico sentada sobre una seta muy grande, fumando su pipa turca y sin preocuparse de lo que a su alrededor pudiera suceder.

Alicia se decidió a exponerle sus deseos de cambiar de estatura, y acercándose a la seta que soportaba a la oruga, dijo tímidamente:

—Me gustaría ser un poquito más alta. Tengo siete centímetros de estatura y parezco una enana.

La oruga abandonó la lectura de su periódico, dió una chupada



a la pipa, y, dejando caer una mirada desdeñosa sobre su imprevista interlocutora, dijo:

—¡Siete centímetros! Pues no es mala estatura...

(La oruga tenía una longitud de siete centímetros y medio.)

—Es que nunca estuve acostumbrada a ser tan pequeña...

—Ya te irás acostumbrando con el tiempo—, dijo la oruga enfrascándose de nuevo en su lectura. Al cabo de un rato, guardando el periódico doblado en un bolsillo y sacudiendo la ceniza de la pipa, la oruga abandonó su sitio, murmurando al marchar:

—Un lado te hará crecer y el otro te hará menguar.

—¿Un lado de qué?—, se preguntó Alicia extrañada.

Y como si la niña hubiese hablado en voz alta, la oruga, contestó: —De la seta.— Y desapareció.

Alicia, cada vez más perpleja, se quedó contemplando la seta pensativamente. Por último, se decidió, y extendiendo los brazos cuanto pudo, logró arrancar dos trocitos del borde de la seta: uno de la parte de dentro y otro de la de fuera. ¿Cuál de los dos la haría crecer? Comió primero del que tenía en la mano izquierda, e instantáneamente sintió un golpe violento en la barbilla: ¡había chocado con los pies! Comprendiendo que le estaba achicando rápidamente y que no había tiempo que perder, comió rápidamente del trozo que tenía en la mano derecha. Un minuto después, su cabeza sobresalía sobre un mar de hojas verdes —las de los árboles que la rodeaban—. Asustada por aquel desmesurado crecimiento, dió varios mordiscos al trozo de seta que hacía achicarse. De este modo consiguió recuperar su estatura normal y siguió su camino. Poco tiempo después, sin embargo, llegó a una casa cuya puerta apenas si tendría veinticinco centímetros de alta. Y Alicia se vió de nuevo obligada a comer un bocadito de seta, logrando disminuir de estatura hasta pasar por la puerta de la casa sin ninguna dificultad.

En el arranque de la escalera, dos porteros vestidos de librea, entregaron a la niña invitaciones de la Reina y de la Duquesa para jugar al diávolo. En aquella casa vivía la Duquesa, una gata, que, cuando entró Alicia en el palacio, estaba regañando con la cocinera porque ésta había hecho mal la sopa aquel día. Duquesa tenía a su hijo en brazos, acariciándolo ridículamente; pero bien pronto, cansada de él, se lo echó a Alicia por el aire, diciéndole que lo cuidase ella, si quería. Alicia, con el duquesito en brazos, salió al campo, y estaba mirando a la criatura cuando se le convirtió en un cerdito sonrosado, que saltó al suelo y echó a correr campo adelante. Cuando el duquesito-lostón se perdió de vista, alzó la suya Alicia distraídamente, y se quedó sobrecogida al ver en la copa de un árbol a un gato, que ya había visto en casa de la Duquesa. El Gato hizo una mueca al ver a la niña, pero no era desagradable. Sin embargo, como tenía las uñas y los dientes muy largos, Alicia comprendió que había que tratarle con respeto, y se atrevió a preguntarle: —Señor Gato—, ¿tendría usted la bondad de decirme qué clase de gente vive por ahí?

—En esa dirección vive un Sombrerero, y por allá una Liebre Visita a cualquiera de ellos. Los dos están locos.

—¡Yo no quiero andar entre locos!

—¡Qué remedio te queda! Aquí todos estamos locos.

—¡Yo no estoy loca!

—Si no lo estuvieras no habrías venido aquí.

Alicia no consideró acertado este razonamiento, pero se calló.

—¿Has jugado hoy al diávolo con la Reina?—, le preguntó el Gato.

—Me hubiera gustado mucho, pero aún no he jugado.

—Allí me verás—, dijo el Gato, y desapareció.

Alicia se puso en marcha hacia el sitio en que vivía la Liebre. Cerca de la casa de ésta ya, alzó la cabeza y volvió a ver al Gato acurrucado en la copa de un árbol. Alicia, a quien iba ya fastidiando el Gato con sus apariciones de malabarista, le dijo: —Haga usted el favor de no aparecer y desaparecer tan de pronto, porque se queda una sobrecogida.

—Está bien—, dijo el Gato, y de esta vez se fué desvaneciendo lentamente, empezando por la punta de la cola y acabando por la cabeza.

Al poco rato llegó Alicia a una casa que supuso fuese la de la Liebre, porque las chimeneas tenían forma de orejas de liebre, y el tejado estaba forrado de piel del mismo animal. La casa era muy grande y Alicia no se atrevió a aproximarse a ella hasta haber comido un trocito de seta que llevaba en la mano derecha, con lo que logró crecer sesenta centímetros.

Ante la puerta de la casa había una mesa, sentados a la cual estaban tomando té la Liebre y el Sombrerero. Entre ambos dormía un Lirón de bruces contra la mesa, y sus dos compañeros lo utilizaban como cojín, en que apoyaban los codos. La mesa era grande, pero los tres estaban agrupados en un lado, como si no tuviesen otro sitio.

—¡No hay sitio! ¡No hay sitio!—, gritaron al ver llegar a Alicia; pero ésta no hizo caso de sus gritos, y sentándose en una butaca de la cabecera, dijo: —¡Hay sitio de sobra!

La Liebre entonces se mostró muy obsequiosa, y le dijo amablemente:

—Tome un poco de vino.

—No veo el vino—, dijo Alicia.

Y la Liebre contestó: —No hay ninguno.

—¿Para qué me lo ofrece usted entonces? ¡Eso es una descortesía!

—Tampoco es cortés sentarse a una mesa sin haber sido invitada.

—No sabía que esa mesa fuese de usted. Por su tamaño parece puesta para más de tres personas...

El Sombrerero, que había estado oyendo a la niña silenciosamente, saltó de pronto: —Te hace falta cortarte el pelo.

—Eso le tiene a usted sin cuidado. Es una grosería hacer observaciones personales—, respondió Alicia.

El Sombrerero, al oír esta contestación, abrió mucho los ojos pero se limitó a decir: —¿En qué se parece un cuervo a una mesa de despacho?

Alicia, que adoraba toda clase de acertijos, trató de dar con la solución de éste, y por un momento ella y los dos amigos quedaron en silencio. El primero que habló fué el Sombrerero, sacando del bolsillo el reloj, y preguntó, encarándose con Alicia:

—¿A cuántos estamos del mes?

Al preguntar esto, miraba el reloj con inquietud, sacudiéndolo de vez en cuando y acercándoselo al oído.

Alicia se quedó algo pensativa, y repuso: —A cuatro.

—Atrasa dos días—, suspiró el relojero, y después, dirigiéndose a la Liebre:—Ya te dije que tu manteca no iba a sentar bien a la máquina —Pues

es de la mejor clase—, repuso entonces ella, tímidamente.

—Sí, pero tendría bolitas—, gruñó él, cada vez más iracundo. — No debías haber puesto la manteca al reloj con el cuchillo.

La Liebre cogió el reloj y lo miró, apenada. Luego lo metió en la taza de té y no supo decir mas que: —Pues la manteca era de la mejor...

Alicia, que había estado contemplando la escena con viva curiosidad, dijo: —¡Qué gracioso es ese reloj! Marca el día del mes y no dice la hora del día.

—¿Y qué tiene eso de particular? —contestó el Sombrerero— ¿Dice tu reloj qué año es?

—Claro que no —respondió Alicia—; pero es porque un año dura mucho tiempo.

Lo mismo le ocurre al mío —murmuró el Sombrerero.

Alicia se quedó perpleja. El Sombrerero hablaba el mismo idioma que ella, y sin embargo no entendía ni una palabra de cuanto estaba diciendo. Mientras ella pensaba esto, él, de pronto, le preguntó:

—¿Has acertado ya la adivinanza?

—No he vuelto a pensar en ella. ¿Cuál es la solución?

—No tengo la menor idea de ella, respondió el Sombrerero, encogiéndose de hombros.

— Ni yo tampoco, dijo la Liebre, como un eco.

Alicia suspiró, aburrida. Después, dirigiéndose a los dos, dijo: —Me parece que debían ustedes emplear el tiempo en algo más útil que en preguntar cosas que no tienen contestación. Eso es desperdiciar el tiempo.

—Si conocieras el tiempo tan bien como yo, no dirías eso, —suspiró él—. Es el tiempo, el que se desperdicia.

—No entiendo lo que quiere usted decir.

—Lo creo, replicó el Sombrerero, moviendo la cabeza desdeñosamente. A ti no te habrá pasado nunca lo que a mí con el tiempo... Y como Alicia hiciese un mudo gesto de interrogación, prosiguió: Verás: la cosa ocurrió en un gran concierto que daba la Reina. Yo tenía que cantar una canción que puede que tú sepas. Y empezó a canturrear:

¡Al alimón! ¡Al alimón!
¡Que se ha roto la fuente!

—La he cantado algunas veces, dijo Alicia.

—Pues bien, continuó el Sombrerero, apenas había cantado los primeros versos, vociferó la Reina: ¡Está matando al tiempo! ¡Cortadle la cabeza! Y desde entonces, el tiempo ya no quiere hacer nada de lo que le pido. Para mí son siempre las cinco.

Alicia, al oír esto, tuvo una idea luminosa.

—La hora del té —dijo—. ¿Por eso tiene usted puesto siempre el servicio de té?

—Precisamente —respondió el Sombrerero—. Como siempre es la hora del té, no hay ni un momento libre para fregar los cacharros. Lo único que podemos hacer es cambiar de sitio en la mesa, y por eso es tan grande...

Al acabar su relato, el Sombrerero dió un gran suspiro. La Liebre, al cabo de un rato, propuso que Alicia contase un cuento, y como la niña no sabía ninguno, despertaron al Lirón para que contase alguna historia. A fuerza de pellizcos, consiguieron que el dormilón animal abriera perezosamente los ojos. —¿Qué queréis?— preguntó.

—Que nos cuentes un cuento —dijo la Liebre.

—Pues, señor —comenzó a decir el Lirón precipitadamente—, éstas eran tres hermanas, que se llamaban Luisa, Elisa y Pelisa, y vivían en el fondo de un pozo...

—¿De qué vivían? —preguntó Alicia.

—No comían más que miel —dijo el Lirón.

—Eso no puede ser —replicó Alicia—, se pondrían malas.

—Y lo estaban —contestó el Lirón—. Estaban malísimas.

—¿Y por qué vivían en el fondo de un pozo? —preguntó Alicia.

—El pozo era de miel —contestó el Lirón, después de pensarlo durante unos minutos.

—No hay pozos de esa clase —empezó a replicar airadamente Alicia; pero el Sombrerero y la Liebre le hicieron señas de que se callase, y el Lirón continuó malhumorado:

—Las tres hermanitas estaban aprendiendo a dibujar, pero sólo dibujaban cosas cuyo nombre empezase con H o con V.

—¿Y por qué sólo esas cosas? —preguntó Alicia.

—¿A ti qué te importa? —dijo la Liebre— y Alicia guardó silencio. El Lirón —que se había vuelto a dormir— despertado a fuerza de pellizcos por el Sombrerero, lanzó un chillido y continuó.

—Cosas cuyo nombre empezase con H o con V, como Herizos, Harmarios, Vurros, Viverones, etcétera, etcétera, etcétera.

—No siga usted con los etcéteras, porque ni erizos ni armarios se escribe con H, ni burros ni biberones con V —saltó Alicia, molesta ya por la ignorancia del Lirón, que, perplejo ante la observación de la niña, no supo decir mas que: —Pues ellas lo escribían así.

—¿Y por qué? —preguntó Alicia.

—¡Porque les daba la gana! —contestó rotundamente el Lirón, que, después de esta réplica indiscutible, cerró los ojos, quedándose inmediatamente dormido.

—¡Vaya una manera de contestar! —protestó la niña.

—¡A callar! —ordenó el Sombrerero.

—¡Pues me voy, ea! —Y levantándose de la mesa, Alicia se dirigió al bosque. Al alejarse, volvió repetidas veces la cabeza por si la llamaban, pero tanto el Sombrerero como la Liebre, seguían diciendo incoherencias, sin que ni, al parecer, hubiesen advertido su partida.

Alicia se encontró nuevamente en el salón de las puertas y pudo entrar al fin en el jardín, pero tuvo que comer otro trozo de seta para achicarse. En aquel bonito jardín jugaba la Reina al diávolo y al «croquet». La Sota de Copas, es decir, la Reina, era muy aficionada a decapitar a todo el mundo. «¡Que le corten la cabeza!» era su frase predilecta, cuando se enfadaba con alguien. En cuanto vió a Alicia le invitó a jugar al «croquet», pero en vez de mazos empleaba flamencos (1) vivos y en vez de arcadas se ponían en cuatro patas varios soldados, para que pasaran por debajo las bolas, las cuales daban miedo a Alicia, porque no eran bolas de madera, sino erizos vivos que, como sabéis se hacen una pelota, y a veces rodaban sin que nadie los tocase. La Reina había tenido una cuestión con la Duquesa y estaba empeñada en que le cortasen la cabeza a aquella.

En el bello jardín no marchaban las cosas tan bien como Alicia se figuraba. Después de haber jugado al «croquet» dijo la Reina a Alicia.

—¿No has visto todavía a la Tortuga Imitada? (2).

—No —respondió Alicia —. Ni sé siquiera quién es esa señora.

—Es la que sirve para hacer sopa.

—Pues no la conozco ni he oído hablar de ella.

—Entonces, ven —dijo la Reina—. Ella nos contará su historia.

Andando, andando, no tardaron en encontrarse con Grifo (3) que estaba durmiendo al sol.

—¡Despierta, holgazán, y lleva a esta joven a ver a la Tortuga Imitada, para que le cuente su historia —dijo la Reina—.

—Yo tengo que volver a ver si se realizan unas ejecuciones que tengo ordenadas.

Y después de decir esto se marchó dejando a Alicia sola en compañía del Grifo. A nuestra amiga no le hacía mucha gracia aquel extraño animal con cara de ave de rapiña y cuerpo de fiera, pero pensó que por peligroso que fuera no lo sería más que la sanguinaria Reina; y aguardó. El Grifo se incorporó, se frotó los ojos y cuando la Reina se hubo alejado y no podía verle se echó a reir.

—¡Qué risa me da! —dijo medio para sí, medio para que lo oyera Alicia—. Siempre está mandando cortar la cabeza a todo el mundo y nunca mata a nadie. ¡Ven!

A no mucha distancia vieron a la Tortuga Imitada, triste y solitaria, sentada en un saledizo de roca.

—¿Cuál es la causa de su pena? —preguntó Alicia al Grifo, y éste respondió: —Siempre se está quejando, pero no tiene ninguna pena. ¡Ven!

Acercáronse a la Tortuga Imitada, que los miró con los ojos muy llenos de lágrimas, pero no dijo nada.

—Esta jovencita quiere saber tu historia, conque cuéntasela —dijo el Grifo.

—Sí, se la contaré —Cuando yo era pequeña iba al colegio, en el mar. La profesora era una tortuga vieja a quien las discípulas solíamos llamar Concha.

—¿Y por qué le llamaban Concha?

—Porque la tenía —repuso airadamente la Tortuga Imitada— ¡Cuidado que eres preguntona! Allí recibíamos excelente educación. ¡Como que íbamos a clase todos los días!

—¿Cuántas horas de clase tenían ustedes? —preguntó Alicia.

—Diez horas el primer día —dijo la Tortuga Imitada —, nueve el siguiente, y así sucesivamente. Eran clases graduadas, porque disminuían gradualmente.

La idea era tan nueva para Alicia, que se quedó un poco pensativa, antes de volver a hablar.

—En ese caso —dijo al fin— el día onceno no habrá colegio, ¿verdad?

—Naturalmente —dijo la Tortuga Imitada.

—¿Qué hacían ustedes el día duodécimo? —preguntó con curiosidad Alicia.

—Basta ya de lecciones —interrumpió el Grifo con tono decidido—. Cuéntanos ahora algo de los juegos.

—Ustedes habrán vivido poco bajo el mar («Ni poco ni nada» estuvo a punto de decir Alicia), y quizás no habrán tratado con ninguna Langosta. (Alicia fué a decir: «Una vez la probé» pero se contuvo

(1) El flamenco es un ave algo mayor que la cigüeña, con el cuello y las zancas muy largas.

(2) En Inglaterra se come mucho la sopa de *Morcé turtle* o tortuga imitada, en la que no entra para nada la tortuga, pues se hace exclusivamente con cabeza de ternera.

(3) El Grifo es un animal fabuloso, con la mitad del cuerpo de águila y la otra mitad de león.

y dijo: «No, señora, nunca»), por lo cual no tendrá idea de lo deliciosa que es una Danza de Langosta. Verás. Baila conmigo, Grifo.

Al final del baile, los dos se sentaron muy tristes y se quedaron mirando a la niña.

—Debe de ser un baile muy bonito—dijo Alicia tímidamente.

—¿Quieres que bailemos más? —preguntó la Tortuga.—Vamos a ensayar la primera figura —agregó dirigiéndose al Grifo.— ¿Quién canta?

—¡Canta tú! —repondió el Grifo—. A mí se me ha olvidado la letra.

Inmediatamente empezaron a bailar con mucha seriedad en torno de Alicia. La Tortuga canturreaba una canción, pero con una voz que parecía que se iba a morir de pena.

—Muchas gracias: es muy bonito ese baile—dijo Alicia, que ya estaba harta y aburrida.

—Pues ahora —dijo Grifo— tienes que contarnos tus aventuras.

Pero de pronto se oyó a lo lejos gritar: «¡Va a comenzar el juicio oral!»...

—¡Vamos! —gritó el Grifo cogiendo de la mano a Alicia, y los dos echaron a correr sin aguardar a la Tortuga.

* * *

Cuando llegaron al salón donde se iba a celebrar el juicio oral, el Rey y la Sota de Copas estaban sentados en su trono.

En torno de ellos se movía una porción de aves y animales y la baraja entera. Ante ellos estaba, cargado de cadenas, y entre dos soldados, el Caballo de Copas; es decir, el jinete solo, porque el caballo se lo habían quitado. Cerca del Rey se hallaba el Conejo Blanco con una trompeta en una mano y un rollo de papeles en la otra. En el centro de la sala había una mesa con una gran bandeja de tartas, de tan buena cara, que Alicia sintió ganas de comerse alguna. —¡Ojalá se acabe pronto esta ceremonia y repartan las tartas! —pensó, pero la ceremonia no había empezado todavía y tuvo que armarse de paciencia.

El juez era el Rey, y llevaba la corona encima de una gran peluca.

Sentados en un banco, los doce jurados estaban muy ocupados escribiendo en unas pizarras.

—¿Qué hacen? —preguntó Alicia, en voz baja, al Grifo.

El Conejo Blanco gritó: —¡Silencio en la sala! —«El Rey se puso las gafas y miró en torno suyo para ver quién había hablado. Después dijo:

—¡Léase la acusación!

El Conejo Blanco dió tres toques de trompeta, desenrolló los papeles que tenía debajo del brazo y leyó lo siguiente: —La Reina hizo unas tartas un día de verano y se las robó el Caballo de Copas.

—¡Que se presente el primer testigo! —dijo entonces el Rey.

El Conejo Blanco dió tres trompetazos y gritó: —¡Testigo primero!

El primer testigo era el Sombrerero. Se presentó con una taza de té en una mano y un trozo de pan con manteca en la otra. —Perdóneme Vuestra Majestad, por traer estas cosas, pero no había acabado de tomar el té cuando me llamaron —dijo respetuosamente.

—¡Pues debía usted haber concluído!—replicó el Rey—. ¿Cuándo empezó usted?

—Creo que fué el 14 de Marzo.

—El 15 —dijo la Liebre.

—El 16 —añadió el Lirón.

—Escríbase eso —ordenó el Rey al jurado, y todos se pusieron a escribir las tres fechas en sus pizarras, luego las sumaron y redujeron la suma a pesetas y céntimos.

—¡Quítese el sombrero! —dijo el Rey al Sombrerero.

—No es mío —repuso el aludido.

—¡Entonces es que lo ha robado! —exclamó el Rey dirigiéndose a los jurados los cuales anotaron inmediatamente el hecho.

—Es que tengo este sombrero y otros para venderlos —dijo el Sombrerero a modo de explicación— Por eso digo que no es mío. Soy sombrerero.

La Reina se puso las gafas y empezó a mirar con severidad al Sombrerero el cual se puso pálido y tembloroso.

—Declare usted —dijo el Rey— y no se ponga nervioso pues de lo contrario se le cortará la cabeza en el acto.

—Señor, yo soy un pobre hombre —comenzó a decir el Sombrerero con voz trémula— y apenas había empezado a tomar el té... aún no hace una semana... me dijo el Lirón...

—¿Qué dijo el Lirón? —preguntó iracundo uno de los jurados.

—No me acuerdo —respondió el Sombrerero.

—¡Tiene usted que recordarlo o se le cortará la cabeza! —dijo el Rey.

El Sombrerero dejó caer la taza de té y el pan con manteca y puso una rodilla en tierra diciendo.

—Señor, yo soy un pobre hombre...

—Si no sabe usted más que eso, puede retirarse — dijo el Rey, y el Sombrerero se apresuró a salir de la sala.

—¡Que le corten la cabeza! —ordenó la Reina, a un alguacil, pero el Sombrerero se había perdido de vista antes de que el alguacil pudiera salir.

—¡Otro testigo! —dijo el Rey— y el Conejo leyó con voz chillona:

—¡Alicia!

—¡Servidora! —respondió Alicia, y olvidando con la precipitación del momento lo que había crecido, dió un tropezón al grupo de jurados y salieron todos rodando.

—¡Ustedes perdonen! — exclamó con gran disgusto ayudándolos a levantarse y a ocupar sus puestos.

—¿Qué sabe usted acerca del hecho de autos? —preguntó el Rey a Alicia.

Alicia no entendía bien la pregunta, pero suponiendo que se referiría al robo de las tartas, contestó:

—Nada.

—¿Nada absolutamente?

—Eso es importantísimo —dijo el Rey encarándose con los jurados, los cuales se pusieron a escribirlo.

—Deliberad el veredicto —dijo al Jurado con voz baja y trémula.

—¡No, no! —dijo la Reina—. Primero la sentencia y después el veredicto.

—¡Qué barbaridad! — exclamó Alicia.— ¿Dónde se ha visto sentenciar antes de deliberar?

—¡Que le corten la cabeza! —gritó la Reina con toda la fuerza de sus pulmones, pero no se movió nadie.

—¿Quién va a hacer caso de ustedes? —dijo Alicia—. ¡Si no son mas que figuras de una baraja!

Al decir esto, se alzó en el aire toda la baraja y las cartas cayeron volando sobre Alicia. La niña trató de quitárselas de encima a manotazos, cuando de pronto se encontró tendida en el banco, con la cabeza en el regazo de su hermana, que le estaba quitando de la cara unas hojas secas que le habían caído encima.

—¡Despierta, Alicia! —dijo su hermana—. ¡Vaya un sueñecito que has echado!

—He soñado cosas muy extraordinarias —dijo Alicia— y contó todas las extrañas aventuras que acabáis de leer, lamentando que, por desgracia, no fueran sino bellos sueños irrealizables...

EDITORIAL RIVADENEYRA

PASEO DE SAN VICENTE, 20

MADRID

BIBLIOTECA INFANTIL

Serie Liliput.—Cuentos en colores ilustrados, por los mejores humoristas, a 5 céntimos uno.

Serie Mignon.—«Aventuras y viajes de Mariquita», 10 céntimos uno.

Serie Velázquez. — Cuadernos de dibujo por «Karicato». 15 céntimos uno.

Serie Rosa.—Cuadernos en colores de los mejores escritores extranjeros.

Serie Blanca.—Especial para niñas.

Serie Fantasía.—«Alicia en el país de las Maravillas», por Lewis Carroll; ilustraciones de Santana Bonilla.

«Mariblanca», por Fernando López Martín; ilustraciones de Ochoa.

En venta: Librerías Rivadeneyra, Hernando, Pueyo y en las principales de Madrid y provincias.